



Me despertó un ruido grande, como de muchos martillazos dados a la vez por varias personas al mismo tiempo, y eso me hizo suponer que habían empezado las obras en el piso de al lado; estuvo durante meses con un letrero grande, en una de las ventanas y, aunque yo no alcanzaba a leer el número de teléfono desde la calle, se notaba muy bien que era uno de esos letreros típicos de las inmobiliarias, SE VENDE; hacía un par de semanas que lo habían quitado pero, cuando estuve levantada y caminé por el pasillo, me di cuenta de que los golpes no venían de ese lado.

En la cocina, y yo había visto ya al subir la persiana de la habitación que el día estaba como de tormenta, había mucha más claridad que de costumbre; noté entonces que el martillar llegaba de ahí fuera, del patio.

Exprimí las naranjas escuchando la radio, como siempre, pero sin encender la luz porque pese a que de toda la vida la cocina había dado a un patio bastante oscuro aquel día no hacía falta e, incluso, el sol entraba aquella mañana hasta la pared del fondo a pesar de que al subir la persiana de la habitación yo había visto que el día estaba de tormenta.

El locutor – que no era el de siempre aunque la emisora de la radio de la cocina no la había cambiado la noche anterior –, en lugar de comentar la actualidad política relataba el cuento de pulgarcito.

viernes, 25 de febrero de 1927

*Fátima Cornejo*

Hacer clic en la rúbrica.